

Una luz por descubrir

A Discovery light

Martín Gelabert Ballester

Académico de Número de la Real Academia de Doctores de España. mgelabert.ar@dominicos.org

An. Real. Acad. Doct. Vol 1, (2016) pp. 96-102.

RESUMEN	ABSTRACT
<p>El término y la imagen de la luz tienen una gran importancia en el lenguaje bíblico y, de forma especial, en el Nuevo Testamento. La teología ha reflexionado sobre la fe como una luz que ilumina la vida del creyente, en medio de las oscuridades y tinieblas de este mundo. El artículo parte de unas consideraciones antropológicas sobre la luz y, desde esta base, pasa luego a reflexionar, en un primer momento, sobre las implicaciones que tiene la afirmación de que Jesús es la luz y luego sobre la luz de la fe que dimana de la revelación divina.</p>	<p>The word and the image of the light have a great importance in the biblical language and, specially, in the New Testament. The Theology thinks about the Faith as a light that illuminates the life of the believer, in the middle of the obscurities and darkness of this world. The paper begins with several anthropological considerations about the light and from this basis it continues to consider, at first, the implications on the affirmation that Jesus is the light and, then, on the light of the Faith that comes from the divine Revelation.</p>
<p>Palabras clave: Luz, Dios luz, Cristo luz, Luz de la fe.</p>	<p>Keywords: Light, God is light, Christ is light, Light of faith.</p>

1. INTRODUCCIÓN

Una prueba de la enorme importancia que se atribuye a la luz la tenemos en el hecho de que ya desde los albores de la humanidad la luz ha sido objeto de veneración cültica entre los diversos pueblos primitivos. Se comprende así que los astros fueran divinizados. Pero especialmente lo fue el sol, cuya actividad vivificadora en plantas, animales y seres humanos era evidente. Basta recordar el mito griego del dios solar Helios, hermano de la diosa Selene (la luna), que atraviesa en su carro el cielo y se ocupa de alumbrar durante el día. Mitos similares existen entre los indios y los egipcios. Teniendo en cuenta este contexto resulta lógico que el libro del Génesis, que tiene mucho interés en dejar claro que Yahvé es el único Dios creador de todo lo existente, se vea obligado a ejercer precisamente con los astros y sobre todo con el sol una función desmitificadora. Es curioso notar que en Gen 1,16 ni siquiera se nombran el Sol y la Luna –se habla del lucero del día y del lucero de la noche-, que eran nombres divinos en las culturas vecinas a Israel, como si se quisiera indicar que no se les necesita para que alumbren, pues la luz no depende de ellos, sino únicamente de Dios.

2. LA LUZ, UN ASUNTO POLIÉDRICO

2.1. La luz es vida

La luz es un asunto poliédrico porque tiene muchas caras y muchas aristas. Pero sobre todo es un asunto que va mucho más allá de sus dimensiones científico-técnicas. Espontáneamente, cuando en nuestras culturas se habla de luz una de sus referencias fundamentales es la vida. Los que han escapado de las guerras y barbaries que tienen actualmente lugar en Siria, Irak o Afganistán, cuando llegan a Europa y, sobre todo, cuando han sido bien acogidos y se encuentran con posibilidades de vivir, ven la luz.

La luz se identifica con la vida. La película “Tierra”, dirigida por Julio Medem, comienza con una panorámica en negro del universo, cuando una voz se dirige al protagonista que está en la tierra y le dice: “vives en la única luz conocida del universo”. La única luz del universo, en este caso, es el equivalente del único lugar conocido del universo donde es posible la vida humana. La relación y casi la identificación entre vida y luz aparece cuando al hecho de nacer, o mejor, de “ser nacido” se le llama “dar a luz”.

Por su parte, el cuarto evangelio comienza afirmando que todo se hizo por medio de la Palabra, para precisar inmediatamente: “en la Palabra estaba la vida y la vida era la luz de los hombres” (Jn 1,4). También en esta dimensión religiosa y cristiana la vida se identifica con la luz. La luz es una realidad más básica, fundamental y decisiva que una radiación electromagnética. La relación y casi identificación de luz y vida se manifiesta en muchas de las aplicaciones de la luz como radiación: ¿qué sería de la navegación marítima o del tráfico aéreo sin las luces de posición? Sin luz no podemos orientarnos.

2.2. La luz es muerte

Desgraciadamente no todo es tan positivo en la luz. Su relación con la vida contrasta con su relación igual de fuerte con la muerte. Muchas de las aplicaciones científicas de la luz son ambivalentes. La fotografía, por ejemplo, puede fijar la realidad, pero también puede trastocarla. En el campo de la propaganda se confía a los anuncios luminosos la misión, a veces discutible, de provocar el consumo. Pero es muchísimo peor el hecho de que hoy la luz se ha convertido en instrumento de tortura de los pueblos autollamados civilizados, al aplicarse para no dejar dormir a los prisioneros. Se ha dado un uso militar de las bengalas para facilitar dar en el blanco en los ataques aéreos. Hablando de usos militares no podemos olvidar el fuego de las metralletas y, sobre todo, esas bombas tan poderosas que hemos inventado los humanos que, al explotar, son “más brillantes que mil soles” (Robert Junk¹).

2.3. Caminar entre dos luces

La luz ilumina, pero también ciega; alumbra, pero también deslumbra; produce vida, pero también mata. El hombre de nuestros días vive acosado por luces; se diría que avanza entre dos luces.

El cuarto evangelio afirma que la vida humana está acosada por dos elementos contrarios que luchan entre sí: la luz y las tinieblas, la luz en la que brillan las obras del bien y las tinieblas en las que se refugian las obras del mal (cf. Jn 3,19-20). Pero quizás sería más acorde con la experiencia y la sensibilidad actual decir que esta lucha entre el bien y el mal es una lucha entre dos luces. El Nuevo Testamento también conoce esta imagen de lucha de luces, pues en las cartas de San Pablo el prototipo de toda maldad, el diablo o satanás, es descrito como un ángel de luz (2 Cor 11,14). Es una luz engañosa que conduce al abismo.

La imagen de la vida humana como una lucha de luces con luces respondería mejor a la experiencia, puesto que indicaría lo difícil que es, a veces, saber qué luz hay que seguir. En el contraste entre la luz y la tiniebla está claro donde está la bondad, pero en la oposición entre luz y luz está la dificultad de la vida y del ser cristiano. Las batallas por la vida y por el bien no son fáciles; hay que discernir, arriesgarse, tomar decisiones no siempre claras. Necesitamos, a veces, ayuda para saber dónde está la buena luz. Por principio la buena no es la que más alumbra o la que parece más evidente y fácil. Pudiera ser la más difícil y la aparentemente más oscura, como veremos más adelante.

3. JESÚS, LUZ DEL MUNDO

La predicación de la Iglesia sintoniza con la primera concepción de la luz como vida y rechaza la segunda de la luz como muerte, afirmando que Jesús es la luz del mundo que brilla más que todas las demás luces, incluidas las terroríficas. A lo largo de la historia de la Iglesia se ha cantado a Jesús como luz gozosa y esplendorosa. El es el sol que nace de lo alto, el sol de la vida, el sol de la gracia, el

¹ Título de uno de los libros de este escritor y periodista especializado en armas nucleares.

sol de la alegría, el sol de las almas, el sol de la justicia, la estrella de Jacob, la estrella de la mañana, la luz que brilla en las tinieblas. Todas estas imágenes pretenden destacar el significado especialísimo de esta “verdadera luz”, que consiste en que Cristo ha vencido a los poderes del mal, ha inaugurado el reino de Dios en la humanidad y ha prometido a todos la participación en esa victoria.

El cuarto evangelio comienza situando toda la misión de Jesús desde la perspectiva de que él es “la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9). Jesús, según este evangelista, dice de sí mismo: “Yo soy la luz mundo” (Jn 8,12; 9,5). De esta afirmación fundamental se deducen dos consecuencias. Una, el que se deja iluminar por esta luz que es Jesús no anda en tinieblas (Jn 8,12; 12,46); por eso camina seguro: para el creyente hay una luz que guía sus pasos, una antorcha en su camino: “lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero” (Sal 119,105). El cristiano es un “iluminado” (Heb 10,32). Es significativo que en los orígenes cristianos al bautismo se lo califique como el momento de la “iluminación”. Es significativo también en este sentido que todas las espectaculares conversiones se narren en clave de iluminación. Basta pensar en la conversión de Pablo camino de Damasco (Hech 9,3). O incluso en la narración que hace san Agustín de su propia conversión². La conversión no es un asunto de voluntarismo; es un asunto de luz, de iluminación. La iluminación es la primera gracia de la conversión.

La segunda consecuencia (de la afirmación de Jesús “luz del mundo”) es si cabe más significativa, pues los que se dejan iluminar por la luz son hijos de la luz (Jn 12,36) y, del mismo modo que el hijo se parece al Padre y hasta tiene su mismo rostro, los hijos de la luz se convierten ellos mismos en luz: “vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14). El cristiano no es solo un iluminado, sino que él mismo irradia luz. Por eso los cristianos practican “las obras de la luz” (Jn 3,20), o sea, “las buenas obras”, las obras del amor (Mt 5,16), que deben alcanzar todos los órdenes de la vida, tanto la economía y la política, como la familia y la comunidad. Se trata de iluminar las tinieblas de la falta de verdad (1 Jn 1,6) y de amor, pues “quién aborrece a su hermano está en las tinieblas y quién ama a su hermano permanece en la luz” (1 Jn 2,9-10). Y de esta forma crear espacios para la esperanza, brillando como antorchas en el mundo, en medio de una generación que necesita y busca razones para vivir (Flp 2,15-16).

4. DIOS ES LUZ

La razón última por la que podemos calificar a Cristo de luz y al cristiano de luz es porque “Dios es Luz”. El Nuevo Testamento, y más en concreto, los escritos joánicos, parece que ofrecen tres definiciones de Dios. La más conocida es “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16). Pero también “Dios es espíritu” (Jn 4,24), y finalmente “Dios es luz” (1 Jn 1,5). Es amor y solo amor. Es luz y solo luz. Precisamente porque en Dios no hay ningún mal, ninguna carencia, ninguna oscuridad, y que en él todo es

² Los términos luz e iluminación se encuentran a lo largo de todas las *Confesiones* de San Agustín referidos a su propia situación. Solo un ejemplo: en el libro XIII,3 el santo reconoce que su bien está en adherirse para siempre al Señor “para que con la aversión no pierda la luz que alcanzó con la conversión, y vuelva a caer en aquella vida semejante al abismo tenebroso”.

positivo, luminoso y amoroso, la carta de Juan precisa: “Dios es Luz, en él no hay tiniebla alguna” (1 Jn 1,5). En la misma perspectiva se sitúa la carta de Santiago al referirse al “Padre de las luces en quién no hay cambio ni sombra de rotación” (Stg 1,17).

No cabe una definición de Dios. Dios es indefinible. Todo intento de definirlo lo empequeñece. Estas fórmulas que hemos citado ponen de relieve un valor esencial de Dios, un valor que puede sintetizar todo su ser desde una determinada perspectiva. Decir que Dios es Luz es afirmar que toda la realidad queda iluminada desde Dios, empezando por los seres humanos y sus obras, que deben conformarse con lo que Dios es y juzgarse en conformidad con su voluntad.

Estas fórmulas se refuerzan unas a otras y tienen incidencia directa en la vida del creyente. Podríamos decir que Dios es luz porque es amor y porque es espíritu. El amor todo lo ilumina mostrando la cara buena de toda realidad. El espíritu no conoce contornos ni sombras. El amor es luz, y por eso el que vive según Dios, que es amor, posee una vista interior que le permite, por decirlo con palabras de Unamuno, “mirar desde Dios”.

Unamuno tiene una página admirable en la que relaciona el amor con la luz y con el espíritu. Afirma que la luz del amor es más clara y penetrante que la razón: “con ésta, si es poderosa, puede el hombre, aunque sea malo, comprender y abarcar el mundo temporal, llegar a las razones de las cosas; pero sentir y ver el mundo eterno, llegar a la verdad de todo, no ya solo a su razón, no es dado más que a la fe, a la fe que la bondad atrae sobre nosotros y que la bondad sustenta como cimiento incommovible”. Y sigue D. Miguel hablando de “la entrañable lumbre que es la bondad, la divina potencia de visión con que reviste al espíritu”. Se puede “mirar desde Dios, a través de la bondad, que más que trasparente cristal es la vista misma interior”³.

Dios es Espíritu, Amor y Luz. Y por eso, en el plano divino y en su repercusión humana, el espíritu, el amor y la luz son intercambiables y están mutuamente implicados.

5. LA LUZ DE LA FE

Desgraciadamente la situación actual del creyente comporta el riesgo de la tentación cuando Cristo se oscurece, o se ve enturbiado por los negros nubarrones de la angustia, la pusilanimidad y la resignación. Por otra parte, tampoco le faltaran luces falsas. “Toda vida humana (por decirlo con palabras del Vaticano II), la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas”. La razón última de esta lucha es que no estamos aún en la luz de la gloria, en donde todo será luminoso y ninguna duda nos asaltará. Ciertamente, la ciudad celeste está iluminada por la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero (Ap 21,23). Pero actualmente sentimos con más fuerza que nunca

³ MIGUEL DE UNAMUNO, *Obras Completas*, Escélicer, Madrid, 1967, t. VII, 378. Cf. MARTÍN GELABERT, “Nacer de nuevo para ir a la luz. Encuentro de Jesús con Nicodemo según Unamuno”, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2006, 75-91.

que “Dios habita en una luz inaccesible, que no ha visto ningún ser humano, ni puede ver” (1 Tim 6,16). Actualmente, la luz de Dios y de Cristo nos llega filtrada por la luz de la fe. La fe es, en la situación presente, “la luz que nos hace ver la luz” (cf. Sal 35,10).

Tomás de Aquino trata de las distintas luces que nos hacen ver y conocer a Dios, distintas según cuál sea la situación del creyente. Dada la infinita distancia entre Dios y la persona humana, nunca vemos a Dios directamente, ni en este mundo ni en el otro, siempre necesitamos la ayuda de luces, unas más penetrantes que otras⁴: la luz de la razón, la luz de la gloria y, entre las dos y participando de ambas⁵, la luz de la fe. Según Tomás de Aquino, la luz de la fe resulta paradójica: por una parte hace ver⁶, pero por otra no hace ver⁷. Hace ver la credibilidad divina de los misterios, pero no suprime su oscuridad esencial. Y esa oscuridad explica que en el creyente puedan surgir movimientos de duda, contrarios a aquello que cree con toda firmeza⁸.

Se comprende así que la encíclica *Lumen Fidei* (nn. 2 al 4) reconozca que para muchos de nuestros contemporáneos la fe es una luz ilusoria, por eso se la asocia a la oscuridad. El ámbito de esta luz no puede ofrecer al ser humano verdaderas certezas. Por eso, dice el Papa, es urgente recuperar la característica propia de la luz de la fe, que es la capacidad de iluminar toda la existencia del ser humano.

Esto nos lleva a la cuestión de comprender un tipo de luz, la de la fe, que, por una parte no hace ver la evidencia de los misterios, pero por otra hace ver, pues ofrece un tipo de certeza que, en ocasiones, puede ser más convincente que la certeza derivada de la razón. Es la certeza que proviene de la confianza y del amor, que se apoya en la seriedad del testigo de la fe. En el caso de la fe cristiana, Jesucristo es el que ofrece seguridad a la fe.

Descartes, seducido por las matemáticas, pensaba que la seguridad del conocimiento descansaba en la evidencia, en lo que se presenta clara y distintamente al espíritu. Su contemporáneo Pascal cuestionó la pretensión cartesiana de reducir la realidad a las ideas claras y distintas⁹. Mucho antes, Tomás

⁴ Al comienzo de la *Suma de Teología*, Santo Tomás distingue entre la luz de la razón natural y la luz de la revelación divina (I, 1, 1, ad 3) y del alcance de ambas luces (I, 1, 1, cuerpo del artículo).

⁵ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *De veritate*, 14, 9, ad 2, en donde se compara la luz natural, la luz de la fe y la luz de la gloria, y se dice que la luz de fe es una participación “imperfecta” de la luz infusa en la gloria y por eso “no conduce a la visión” de Dios.

⁶ *Suma de Teología*, II-II, c. 1, a. 4, ad 3.

⁷ “Lumen fidei, quod est quasi sigillatio Primae Veritatis in mente, nos potest fallere. Hic tamen habitus non movet per viam intellectus (haciendo ver la evidencia del objeto), sed magis per viam voluntatis. Unde *non facit videre* illa quae creduntur nec cogit assensum, sed facit voluntarie assentire” (*In Boet. de Trinitate*, I, c. 1, a. 1, ad 4).

⁸ “Unde est quod in credente potest insurgere motus de contrario huius quod firmissime tenet” (*De Veritate*, 14,1)

⁹ Según Pascal son tres los órdenes de la realidad, y cada uno tiene su propia certeza: el orden de los cuerpos, conocido por los sentidos, a partir del espíritu de geometría; el orden de los espíritus, que dignifica al hombre, hecho para pensar; y el orden de la caridad, o sabiduría, que se percibe a partir de la fe y tiene sus leyes propias: “De tous les corps ensemble, on ne saurait en faire réussir une petite pensée: cela es imposible, et d’un autre ordre. De tous les corps et esprits, on n’en saurait tirer un mouvement de vraie charité: cela est imposible, d’un autre ordre, surnaturel” (*Pensées*, 793, ed. Brunschvicg)

de Aquino supo disociar magistralmente la certeza de la evidencia. La fe es cierta porque se apoya en Dios, pero no es evidente porque se adhiere a un misterio.

Inevidencia no equivale a inseguridad. Una persona con los ojos dañados, aunque esté acompañada de un perro guía, no ve con los ojos de su cuerpo, pero el perro es su luz y sus ojos y así camina segura. El creyente es como un ciego que ve con los ojos de la fe. Hay inevidencias que ofrecen más seguridad que las evidencias. La carta a los Hebreos cuenta algunos casos, como el de Noé que advertido por la fe “sobre lo que aún no se veía”, construyó un arca para salvar a su familia y así “condenó al mundo” (Heb 11,7) que, sin duda, a la vista de un sol que quemaba, se reía de Noé. Para Noé y tantos otros héroes de la fe que aparecen en el carta a los Hebreos, la confianza en Dios les daba más seguridad que la tierra misma que estaban pisando. Por este motivo “hay que subrayar con énfasis que la cuestión de la verificabilidad y de la verdad no son ni mucho menos idénticas”¹⁰.

Esta “inevidencia segura”, que ya Tomás de Aquino detectaba, encuentra un paralelo interesante en el modo de proceder de la ciencia moderna. Pues también ella acepta como seguros datos directamente inevidentes. Por ejemplo, la existencia de algunos planetas, deducida a partir de indicios que no son determinantes, porque lo único determinante sería acudir con una nave o verlos con un telescopio, cuya potencia no tenemos (al estar muy lejos, la existencia de planetas de otros soles se demuestra de forma indirecta, mediante la observación de variaciones en la luminosidad del astro central). La fe religiosa no es el único conocimiento sin evidencia al que llega el ser humano.

6. CONCLUSIÓN

Cuando en teología se habla de luz es posible encontrar una serie de referencias en la experiencia humana que ayudan a comprender que la luz es un concepto plural: además de sus dimensiones técnicas y científicas tiene una dimensión antropológica tan importante como las anteriores y, en algunos aspectos, previa a las dimensiones científicas. Junto a estas dimensiones antropológicas hay otras propiamente religiosas. Lo importante de la luz es que haga ver. Hay muchas cosas que conviene ver y muchos tipos de visión. La fe cristiana ha utilizado la imagen de la luz y de la visión para referirse por una parte a Dios mismo, y a su enviado Jesucristo, referencias fundamentales que iluminan toda la vida humana; y, por otra parte, a la posibilidad creyente de conocer y encontrarse con Dios. Esta posibilidad en este mundo se da por medio de la luz de la fe; en el mundo futuro, se dará por medio de la luz de la gloria. Siempre es la luz la que nos hace ver la luz. La luz de la razón nos permite conocer las realidades de este mundo; la luz de la fe, distinta, pero no contraria a la luz de la razón, nos hace ver las realidades religiosas; y la luz de la gloria, distinta, pero no contraria a la luz de la fe, nos hace ver a Dios, en la medida en que puede verlo un ser humano, finito y limitado.

¹⁰ HANS JONAS, *Pensar sobre Dios y otros ensayos*, Herder, Barcelona, 1998, 182.